

El dilema de los empresarios

En un año electoral, con un entorno internacional global incierto aunque todavía favorable a los mercados emergentes, el futuro de nuestro país estará sujeto a este reacomodamiento, pero no dependerá tanto de nuestros inmensos recursos como de las cabezas que sean capaces de ponerlos en juego de manera equilibrada e inclusiva.

Y es que las naciones pueden planear su futuro. Vaya un ejemplo: en 1939, dos semanas después de declarada la segunda guerra mundial, el gobierno de los Estados Unidos encaró un estudio sobre su visión del mundo, y entrados luego a la guerra, cientos de funcionarios, académicos y expertos en negocios trabajaron diseñando el mundo que seguiría en la paz de posguerra, y el rol del país en el nuevo escenario mundial. No es de extrañar su liderazgo en las décadas siguientes.

¿Es posible en nuestra Argentina, formular una visión del país en el escenario mundial para los próximos cincuenta años y perseguirla, alineando los recursos detrás de ella? Como cualquier proceso de planificación, deberá comprender las diversas perspectivas de nuestra sociedad, y proponer una visión superadora y atractiva que convenga al esfuerzo compartido.

Pero el principal desafío no está en el contexto mundial, sino en la persistente dificultad para resolver nuestras diferencias. Un análisis de los últimos ochenta años muestra una sostenida incapacidad de sostener discusiones en busca de algún acuerdo. Las diferencias provocan rupturas, y el éxito de unos implica el fracaso de otros. En cada vuelta de la rueda del poder los triunfadores impusieron su visión, y los perdedores esperaron su turno tras el fracaso ajeno, con los resultados conocidos. Un país que es un milagro al revés, estupor del mundo, que no avanza y consume sus recursos, en especial los más valiosos: su población educada y trabajadora, hoy empobrecida, subvencionada, informalizada, falta de ilusión y amenazada por la inseguridad.

En este contexto, el rol de los empresarios no puede ser el del rentista que se dedica a explotar los recursos disponibles, sino el del protagonista social -y no solo económico-, que ve oportunidades para crear mayor valor. Aclaremos que el sentido de la actividad económica no es la mera acumulación de riqueza, sino la mejora de la sociedad a través de la creación de riqueza. Sería como asumir que el sentido de las personas es respirar, porque si dejan de hacerlo perecen. El propósito es el desarrollo

Guillermo D'Andrea

Profesor de Dirección de Empresas en el IAE



de libertades -sociales, políticas y económicas- que garanticen transparencia y protección social para una sociedad libre. En ese contexto la actuación del empresario no es para ponerse el país en el bolsillo, sino para ponérselo al hombro y sacarlo adelante basado en su capacidad para imaginar un futuro y movilizar los recursos para hacerlo realidad. Pero semejante misión requiere de esfuerzo de toda su clase, como bien muestra nuestro sector del vino.

La imagen que acompaña su crecimiento exportador y derrama positivamente sobre el resto de nuestros productos, se debe a algunos visionarios que aporta-

Nuestras centrales empresarias requieren profundizar vigorosamente y sin timidez de un ejercicio unificador

ron tecnología, tesón e inteligencia. Como en el caso de la acción consensuada del sector en la Corporación Vitivinícola, que convoca y representa tanto a los sofisticados productores de vinos de alta gama como a los miles de pequeños productores de vino común. Dos décadas de convivencia los ha convencido de que aunque diversos, juntos pueden conseguir mucho más que cada uno defendiendo sus intereses. Los pequeños productores aprovechan la imagen de calidad, los elaboradores de calidad acceden a reintegros de retenciones que nunca conseguirían desde sus pequeños volúmenes, y todo en el marco de relaciones de colaboración y respeto con los gobiernos provinciales y nacional. Entendieron que estar juntos es imprescindible para estar de acuerdo, y que hasta los líderes consiguen logros mejores que los que podrían obtener con sus influencias individuales.

El estudio del desarrollo de los países muestra que las medidas oficiales necesitan del aporte consensuado de todas las fuerzas de una sociedad. El capital es naturalmente tímido, por lo que para los gobiernos es mucho más difícil promover la actividad que ahogarla.

Con su visión los empresarios

hacen su destino -los Rocca, Paganí, Bemberg, di Tella, y tantos otros contribuyeron a crear la industria de nuestro país-, y lo siguen haciendo aunque de manera casi aislada. Las cámaras y asociaciones que los deberían representar muestran una fragmentación que no es más que el reflejo del resto de la sociedad. La representatividad empresaria está repartida entre múltiples cámaras que repiten sus objetivos, se apoyan en recursos diluidos por su misma fragmentación, y escasamente publican sus resultados. Sostienen discusiones duras más propias de la era industrial protegida de la segunda parte del siglo XX, y menos sobre cómo aprovechar las oportunidades de la sociedad del conocimiento, globalizada y emergente del siglo XXI.

Es necesario elevar la mirada hacia el futuro.

La Confederación de la Industria Brasileira lanzó en 2003 un ejercicio de planificación estratégica -el Mapa de la Industria-, que trazó muchos de los programas aún vigentes que acompañan y explican el sorprendente éxito de Lula da Silva y el respaldo empresario a sus políticas.

Chile agrupa en su Confederación de la Producción y el Comercio a las seis ramas de actividades del país, desde la minería a la construcción, el comercio, la agricultura y las finanzas y la manufactura. Ambos casos reflejan el esfuerzo por ayudar a las empresas y a la sociedad en el difícil tránsito de la era industrial a la era postindustrial.

Y la Asociación de Industria y Comercio de Alemania incluye entre sus objetivos la educación pública. Su régimen de asociación obligatoria no admite dudas: la regulación refleja el compromiso, y las sugerencias de desregulación despiertan sospechas de separatismo, de sacar los pies del plato, que acaban corroyendo el balance y la representatividad de todos.

En este sentido, nuestras centrales empresarias requieren profundizar vigorosamente y sin timidez de un ejercicio unificador, del ejercicio continuo de los acuerdos y consensos, manejando los disensos sin rupturas, sosteniéndolos con respeto, resolviéndolos en busca de resultados más atractivos para toda la sociedad.

Creadores de la riqueza capaces de imaginar escenarios y hacer realidad visiones que solo existen en sus mentes; preocupados por la distribución que garantiza sustentabilidad a la sociedad, más que rentistas de los recursos existentes, es tiempo que los empresarios ocupen el lugar que les corresponde en la sociedad.